

Parece quedó en mi alma tan imprimidas aquellas tres Personas que vi, siendo un solo Dios, que a durar así, imposible sería dejar de estar recogida con tan divina compañía.

Otras algunas cosas y palabras que aquí se pasaron, no hay para qué escribir. R: 16.

5.— Una vez, poco antes de esto (por la Ascensión), yendo a comulgar, estando la Forma en el relicario (en el copón), que aún no se me había dado, vi una manera de paloma que meneaba las alas con ruido. Turbóme tanto y suspendióme, que con harta fuerza tomé la Forma.

Esto era todo en San José de Avila. Dábame el Santísimo Sacramento el P. Francisco de Salcedo. Otro día oyendo su misa, vi al Señor glorificado en la Hostia. Díjome que le era aceptable su sacrificio. R. 17.

6.— Un día de la Asunción de la Reina de los Angeles y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y la alegría y solemnidad con que fué recibida, y el lugar a donde está. Decir cómo fué esto, yo no sabría. Fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria; quedé con grandes efectos, y aprovechóme para desear más pasar grandes trabajos, y quedóme gran deseo de servir a esta Señora, pues tanto mereció. V: 39.

Pentecostés.—7.— Si fuere para que lo veáis,

tomaréis este pobre donecito, de quien os desea todos los del Espíritu Santo, como a sí misma, en cuyo nombre yo lo comienzo.

¡Oh, Señor mío, que de todos los bienes que nos hicisteis nos aprovechamos mal! Vuestra Majestad buscando modos y maneras e invenciones para mostrar el amor que nos tenéis; nosotros, como mal experimentados en amaros a Vos, tenemoslo en tan poco, que de mal ejercitados en esto, vanse los pensamientos a donde están siempre, y dejan de pensar los grandes misterios, que este lenguaje encierra en sí, dicho por el Espíritu Santo. ¿Qué más era menester para encendernos en amor suyo, y pensar que tomó este estilo, no sin ¡gran causa? Conc. 1.

8.—No son tan grandes las mercedes dichas, a mi parecer, como ésta que ahora diré, por muchas causas y grandes bienes que de ella me quedaron, y gran fortaleza en el alma; aunque, mirada cada cosa por sí, es tan grande que no hay que comparar.

Un día, víspera del Espíritu Santo, después de misa, fuime a una parte bien apartada, a donde yo rezaba muchas veces, y comencé a leer en un «Cartujano» esta fiesta, y leyendo las señales que han de tener los que comienzan y aprovechan y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo, leídos es-

tos tres estados, parecióme, por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo, a lo que yo podía entender. Estándole alabando y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello, que lo veía yo muy bien, así como ahora entendía lo contrario de mi, y así conocí era merced grande la que el Señor me había hecho. Y así comencé a considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores a Dios, porque no me parecía conocía mi alma según la veía trocada. Estando en esta consideración, dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión; parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y, a mi parecer, diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma, bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma; paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un Avemaría. Ya el alma estaba

de tal suerte, que perdiéndose a sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que, según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar; y como comenzó a gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento.

Fué grandísima la gloria de este arrobamiento: quedé lo más de la Pascua tan embobada y tonta, que no sabía qué me hacer ni cómo había en mí tan gran favor y merced. No oía ni veía, a manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado para siempre. Amén.

Otra vez vi la misma paloma sobre la cabeza de un padre de la Orden de Santo Domingo, salvo que me pareció los rayos y resplandor de las mismas alas que se extendían mucho más; dióseme a entender había de traer almas a Dios. V. 38.

9.—Parece que estando el alma en el deleite que queda dicho, que se siente estar toda engolfada y amparada con una sombra y manera de nube de la Divinidad, de donde vienen influencias al alma, y rocío tan deleitoso, que bien con razón quitan el cansancio que le han dado las cosas del mundo. Conc. 5.

10.—¿Qué le queda que desear a un alma que llega aquí, si no es que no le falte aquel bien para siempre? A ella no parece que hay más que desear, mas a nuestro Rey sacratísimo fál-tale mucho por dar; nunca querría hacer otra cosa, si hallase a quién. Conc. 6.

11.—Paréceme a mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está. ¡Oh, Señor, qué son aquí las misericordias que usáis con el alma! Seáis bendito y alabado por siempre, que tan buen amador sois. ¡Oh, Dios mío y creador mío! ¿Es posible que haya nadie que no os ame? ¡Oh, triste de mí, y cómo soy yo la que mucho tiempo no os amé! ¿Por qué no merecí conoceros? ¡Cómo baja sus ramas este divino manzano, para que unas veces las coja el alma considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo Señor Nue- stro de su Pasión, regando este árbol con su sangre preciosa, con tan admirable amor! Conc. 5.

12.—Dice «que la metió en la bodega del vino; ordenó en mí la caridad». Entiendo yo de aquí, que es grande la grandeza de esta merced. Porque puede ser dar a beber más o me-

nos y de un vino bueno, y otro mejor, y embriagar y emborrachar a uno más o menos; así es en las mercedes del Señor, que a uno da poco vino de devoción, a otro más, a otro crece de manera, que le comienza a sacar de sí, de su sensualidad, y de todas las cosas de la tierra; a otros, da hervor grande en su servicio; a otros, ímpetus; a otros, gran caridad con los prójimos; de manera, que andan tan embebecidos, que no sienten los trabajos grandes que aquí pasan; mas lo que dice la Esposa es mucho junto: «Métela en la bodega», para que allí más sin tasa pueda salir rica. No parece que el Rey quiere dejarle nada por dar, sino que beba, conforme a su deseo, y se embriague bien, bebiendo de todos esos vinos que hay en la despensa de Dios. Gócese de esos gozos; admírese de sus grandezas; no tema perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural; muérase en ese paraíso de deleites. ¡Bienaventurada tal muerte, que así hace vivir! Y verdaderamente así lo hace; porque son tan grandes las maravillas que el alma entiende, sin entender cómo lo entiende, que queda tan fuera de sí, como ella misma lo dice, en decir: «Ordenó en mí la caridad». Conc. 6.

13.—¡Oh, váleme Dios y qué nonada son nuestros deseos para llegar a vuestras gran-

dezas, Señor! ¡Qué bajos quedaríamos, si conforme a nuestro pedir, fuese vuestro dar! Conc. 5.

14.—Paréceme el amor una saeta que envía la voluntad, que si va con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en solo Dios, muy de verdad debe de herir a Su Majestad; de suerte que, metida en el mismo Dios, que es amor, torna de allí con grandísimas ganancias, como diré.

Entiéndese bien las grandísimas ganancias que saca un alma de allí por los efectos y por las virtudes, y la viva fe que le queda, y el desprecio del mundo. Conc. 6.

15.—Pues habiendo, luego que se fundó la casa de Toledo, desde ha quince días, víspera de Pascua del Espíritu Santo, de acomodar la iglesita y poner redes y cosas, que había habido harto que hacer, porque, como he dicho, casi un año estuvimos en esta casa, y cansada aquellos días de andar con oficiales, había acabándose todo. Aquella mañana, sentándonos en el refectorio a comer, me dió tan gran consuelo de ver que ya no tenía que hacer, y que aquella Pascua podía gozarme con Nuestro Señor algún rato, que casi no podía comer, según se sentía mi alma regalada. F. 17.

16.—Paréceme a mí, que va Su Majestad esmaltando sobre este oro, que ya tiene apareja-

do con sus dones, y tocado para ver de qué quilates es el amor que le tiene, por mil maneras y modos, que el alma que llega aquí podrá decir. Esta alma, que es el oro, estáse en este tiempo sin hacer más movimiento, ni obrar más por sí, que estaría el mismo oro; y la divina sabiduría, contenta de verla así, (como hay tan pocas que con esta fuerza le amen) va asentando en este oro muchas piedras preciosas y esmaltes con mil labores.

Mas entiéndelo bien, después que ve esta alma tan esmaltada y compuesta de piedras y perlas de virtudes, que le tiene espantado y le puede decir: «¿Quién es esta que ha quedado como el sol?» Conc. 6.

17.—Comenzando la Salve, ví en la silla prioral, adonde está puesta Nuestra Señora, bajar con gran multitud de ángeles, la Madre de Dios, y ponerse allí...

Después de esto, quedéme yo en la oración que traigo de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la persona del Padre me llegaba a sí y decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo, mostrándome lo que me quería: «Yo te dí a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen. ¿Qué me puedes tú dar a mí?» R. 25.

18.—El segundo día de Pascua de Espíritu Santo, después de esta mi determinación, vi-



niendo yo de Sevilla, oímos misa en una ermita en Ecija, y en ella nos quedamos en siesta. Estando mis compañeros en la ermita, y yo sola en una sacristía que allí había, comencé a pensar la gran merced que me había hecho el Espíritu Santo una víspera de esta Pascua, y diéronme grandes deseos de hacerle un señalado servicio, y no hallaba cosa que no estuviese hecha... R. 40.

19.—Octava del Espíritu Santo me hizo el Señor una merced, y me dió esperanza de que esta casa se iría mejorando, digo las almas de ella. R. 31.



Jhs.

XVI

## MEDITACIÓN PARA ALCANZAR AMOR

---

1.—Sólo amor es el que da valor a todas las cosas. Ep. 5.

2.—Pues véis aquí, hermanas, lo que Dios hace, para que esta alma ya se conozca por suya. Da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida. No nos puede hacer mayor merced. M. V, 2.

3.—Quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por El; el que amare poco, poco.

Tengo para mí que la medida del poder llevar gran cruz o pequeña, es la del amor. C. 32.

4.—Alégrate en la grandeza de tu Dios, y en cómo merece ser amado y alabado, y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido su Nombre. E. 5.

5.—Si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás; mas,

más o menos, nunca acabamos de guardarle con perfección. C. 4.

6.—La voluntad se inclina a amar donde tan innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar alguna; en especial se le pone delante cómo nunca se quita de con él este verdadero Amador, acompañándole, dándole vida y ser. Luego el entendimiento acude con darle a entender, que no puede cobrar mejor amigo, aunque viva muchos años; que todo el mundo está lleno de falsedad, y estos contentos que le pone el demonio [están llenos también] de trabajos y cuidados y contradicciones. M. II, 1.

7.—Lo más substancial y agradable a Dios, es que nos acordemos de su honra y gloria, y nos olvidemos de nosotros mismos, y de nuestro provecho, regalo y gusto. M. IV, 3.

8.—No imposibilita a ninguno para comprar sus riquezas; conqué dé cada uno de lo que tuviere, se contenta. Bendito sea tan gran Dios. M. V, 1.

9.—Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de su Majestad y del prójimo; es en lo que hemos de trabajar; guardándolas con perfección hacemos su voluntad, y ansí estaremos unidos con El. Mas ¡qué lejos estamos de hacer como debemos a tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho! Plega a Su Ma-

jestad nos dé gracia para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está, si queremos.

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos, más el amor del prójimo sí. Y estad ciertas, que mientras más en éste os viéreis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar. M. V, 3.

10.—El amor jamás está ocioso, que así será harto mala señal; porque alma que ha pretendido ser esposa del mismo Dios, y tratándose ya con Su Majestad, y llegando a los términos que queda dicho, no se ha de echar a dormir. M. V, 4.

11.—Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle con ellas. M. VI, 4.

12.—No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho, y de las virtudes, que son las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas vén-

ganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas. M. VI, 6.

13.—Mientras más adelante va un alma, más acompañada es de este buen Jesús. Cuando Su Majestad quiere, no podemos sino andar siempre con El; como se ve claro por las maneras y modos con que Su Majestad se nos comunica, y nos muestra el amor que nos tiene. M. VI, 8.

14.—Ya sabéis Vos, bien mío, que si tengo algún bien, que no es dado por otras manos sino por las vuestras; pues, ¿qué os va, Señor, más en dar mucho que poco? Si es por no merecerlo yo, tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. C. 15.

15.—No se sufre, no se sufre, Dios mío, ni querría yo lo sufriéseis Vos, que haya en vuestra sierva cosa que no contente a vuestros ojos. Pues mirad, Señor, que los míos están ciegos, y se contentan de muy poco. E. 15.

16.—Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta. Si no es con Dios o por Dios, no hay descanso que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso. V. 26.

17.—¡Oh, benignidad admirable de Dios, que ansí os dejáis mirar de unos ojos que tan mal han mirado como los de mi alma! Queden ya, Señor, de esta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni que les contente ninguna fuera de Vos. V. 27.

18. — ¡Oh, váleme Dios! Qué cosa tan diferente debe ser el un amor de el otro a quien lo ha probado. Plega a Su Majestad nos le de, antes que nos saque de esta vida, porque será gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgados de quien hemos amado sobre todas las cosas. Seguras podremos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña sino propia, pues es a la de quien tanto amamos y nos ama. Acordáos, hijas mías, aquí de la ganancia que trae este amor consigo, y de la pérdida en no tenerle; que nos pone en manos del tentador, en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien, y tan amigas de todo mal. C. 40.

19. — ¡Oh, amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posee. El de mi Dios, mientras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh, Bien mío! Que esto hace, que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos, y de los que para siempre los han de perder. Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo, cuando piensa será alguna

parte para que otros le procuren gozar. E. 2.

20.—Es cosa sabrosa hablar en tal amor, ¿qué será tenerle? El Señor me le dé, por quien Su Majestad es. C. 40.

21.—¡Oh, Amor, que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo!

Muera yo este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. El viva y me dé vida; El reine y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad.

¡Oh, quién se viese ya muerto de sus manos, y arrojado en este divino infierno, de donde, de donde ya no se esperase poder salir, o, por mejor decir, no se temiese verse fuera! E. 17.

22.—Estando una vez con la misma duda que poco ha dije, si eran estas visiones de Dios, me apareció el Señor, y me dijo con rigor: «¡Oh, hijos de los hombres, hasta cuándo seréis duros de corazón! Que una cosa examinase bien en mí: si del todo estaba dada por suya o no; que si lo estaba y lo era, que creyese no me dejaría perder.» Yo me fatigué mucho de aquella exclamación. Con gran ternura y regalo me tornó a decir que no me fatigase, que ya sabía que por mí no faltaría de ponerme a todo lo que fuese su servicio, que se haría todo lo que yo quería; y así se hizo lo que entonces le suplicaba. que mirase el amor que

se iba aumentando en mí cada día para amarle, que en esto vería no ser demonio; que no pensase que consentía Dios tuviese tanta parte el demonio en las almas de sus siervos, y que te pudiese dar la claridad de entendimiento, y quietud que tienes. Díome a entender que habiéndome dicho tantas personas, y tales, que era Dios, que haría mal en no creerlo. V. 39.

23.—«Ordenó en mí el Rey la caridad», tan ordenada, que el amor que tenía al mundo se le quita; y el que a sí, le vuelve en desamor; y el que a sus deudos, queda de suerte que sólo los quiere por Dios; y el que a los prójimos y el que a los enemigos, no se podrá creer sino se prueba; es muy crecido el que a Dios, y tan sin tasa, que la aprieta algunas veces más que puede sufrir su bajo natural, y como ve que ya desfallece y va a morir, dice: «Sostenedme con flores, y acompañadme de manzanos, porque desfallezco de mal de amores.» Conc. 6.

24.—A donde hay caridad, Su Majestad procura que haya en qué emplearla. Ep. 239.

25.—El amor, a donde está, no puede dormir tanto. Ep. 257.

26.—Yo le digo, que los deseos son tan grandes, que tiene esta mujer, y los ímpetus de hacer algo por Dios, que ya que no puede en cosas grandes, es menester buscar en qué le contentar más, en lo que puede. Ep. 85.



27.—¡Oh grandeza de Dios, qué pocos años antes estaba esta alma, y aun quizá días, que no se acordaba sino de sí! ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados? Que aunque queramos tener muchos años de meditación, tan penosamente como ahora esta alma lo siente, no lo podremos sentir. Pues, válgame Dios, si muchos días y años yo me procuro ejercitar en el gran mal que es ser Dios ofendido, y pensar que éstos que se condenan son hijos suyos y hermanos míos, y los peligros en que vivimos, cuán bien nos está salir de esta miserable vida, ¿no bastará? Que no, hijas, no es la pena que se siente aquí como las de acá; que eso bien podríamos, con el favor del Señor, tenerla, pensando mucho esto; mas no llega a lo íntimo de las entrañas, como aquí, que parece desmenuza un alma y la muele, sin procurarlo ella, y aun a veces sin quererlo. ¿Pues qué es esto? ¿De dónde procede? Yo os lo diré.

¿No habéis oído, que ya aquí lo he dicho otra vez, aunque no a este propósito de la Esposa, que la metió Dios a la bodega del vino, y ordenó en ella la caridad? Pues esto es, que como aquel alma ya se entrega en sus manos, y el gran amor la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere más de que haga Dios lo que quisiere de ella. Que jamás hará Dios, a lo que yo pienso, esta merced, sino al alma que ya

toma muy por suya; quiere que, sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello; porque, verdaderamente, el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime a sí; sólo está dispuesta, digo blanda, y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente. ¡Oh, bondad de Dios, que todo ha de ser de vuestra costa! Sólo queréis nuestra voluntad, y que no haya impedimento en la cera.

Pues veis aquí, hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí, para que esta alma ya se conozca por suya; da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida; no no nos puede hacer mayor merced. ¿Quién más debía querer salir de esta vida? Y así lo dijo Su Majestad en la Cena: «Con deseo he deseado.» Pues ¿cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habéis de morir tan penosa y espantosa? No, porque el grande amor que tengo y deseo de que se salven las almas, sobrepuja sin comparación a esas penas; y las muy grandísimas que he padecido y padezco, después que estoy en el mundo, son bastantes para no tener esas en nada en su comparación. M. V, 2.

Jhs.

XVII

## COMUNIÓN

---

1.—Harta [majestad] traeis Vos, Señor mío, en el Santísimo Sacramento; si no, como no tienen fe viva, sino muerta, estos tales os ven tan humilde bajo especies de pan, no les habláis nada, porque no lo merecen ellos oír, y así se atreven tanto. Conc. 1.

2.—Pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricos, ¿cuánto más de tantas? Sino que no parece, sino cumplimiento, el llegarnos a El, y así nos luce tan poco. ¡Oh miserable mundo, que así tienes atapados los ojos de los que viven en ti, que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpetuas! Conc. 3.

3.—Cuando yo me llegaba a comulgar, y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento, y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia, los cabe-

llos se me espeluzaban y toda parecía me anquilaba.

¡Oh Señor mío! Mas si no encubriéades vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor. Alaben os los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera, que aun no las osemos gozar, como gente flaca y miserable. V. 38.

4.—El día que comulgare, la oración sea ver que siendo tan miserable ha de recibir a Dios; y la oración de la noche, de que le ha recibido. A. 58.

5.—En llegándome a comulgar, queda el alma y el cuerpo tan quieto, tan sano y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suelo. Y tengo experiencia de esto, que son muchas veces; al menos cuando comulgo, ha más de medio año que notablemente siento clara salud corporal. R. 1.

6.—¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabéis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas, poco a poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una majestad tan grande disimulada en cosa tan poca como es la Hostia, es así que después acá a mí me

admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo ni esfuerzo para llegarme a El, si El, que me ha hecho tan grandes mercedes y hace, no me le diese, ni sería posible poderlo disimular, ni dejar de decir a voces tan grandes maravillas.

¿Pues qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones, y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar a este Señor de tan gran majestad cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, a aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza y de piedad? Que duele mucho más y aflige el alma, por no le haber servido, el amor que muestra aquel rostro, de tanta hermosura, con una ternura y afabilidad, que temor pone la majestad que ve en El. V. 38.

7.—Sobre el temor de pensar si no estaré en gracia [díjome el Señor]: «Hija, muy diferente es la luz de las tinieblas. Yo soy fiel; nadie se perderá sin entenderlo. Engañarse ha quien se asegure por regalos espirituales. La verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia; mas nadie piense que por sí puede estar en luz, así como no podría hacer que no viniese la noche, porque depende de mí la gracia.

»El mejor remedio que puede haber para detener la luz, es entender que no puede nada

y que le viene de mí; porque aunque esté en ella, en un punto que yo me aparte, vendrá la noche. Esta es la verdadera humildad, conocer lo que puede y lo que yo puedo.

□ No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden. Pues quieres por escrito los de los hombres, ¿por qué piensas pierdes tiempo en escribir los que te doy?. Tiempo vendrá que los hayas todos menester». R. 12.

8.—Llegando una vez a comulgar, vi dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote, y vi a mi Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la Forma que me iba a dar, que se veía claro ser ofendedoras tuyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos; que de buena gana parece que huyeran, si Vos los dejáseis ir.

□ Dióme tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome, que si fuera visión de Dios, que no permitiera Su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma.

Díjome el mismo Señor que rogase por él, y que lo había permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos.

Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros, y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal.

Harto gran provecho me hizo y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios. Sea bendito por siempre jamás. V. 38.

9.—El día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera que aun no podía pasar la Forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre; y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta de ella, como si entonces acabara de derramarla el Señor. Me parece estaba caliente, y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores,

y gózala tú con tan gran deleite como ves; bien te pago el convite que me hacías este día.

Esto dijo, porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo. Y así, hacía unas consideraciones bobas, y debíalas admitir el Señor; porque ésta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas, y así, para la comunión, me ha quedado aprovechamiento. R. 11.

10.—Estando en un Colegio de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, vi un palio muy rico sobre sus cabezas; esto vi dos veces. Cuando otras personas comulgaban no lo veía. V. 39.

11.—Cada vez que comulgare, pida a Dios algún don por la gran misericordia con que ha venido a su pobre alma. A. 64.

---



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
AL QUE LEYERE.....	v
Citas abreviadas . . . . .	xi
I.— <i>Principio y fundamento.</i> —Primera parte: Fin del hombre . . . . .	1
II.— <i>Principio y fundamento.</i> —Segunda parte: Fin de las criaturas.....	11
III.—Fin de la religiosa . . . . .	29
IV.—Pecado . . . . .	58
V.—Infierno . . . . .	98
VI.—Muerte, juicio y gloria.....	111
VII.—Hijo pródigo.....	130
VIII.—Reino de Cristo . . . . .	135
VIII bis.—Encarnación.—Nacimiento de Nuestro Señor . . . .	197
IX.—Dos banderas.....	204
X.—Vida pública de Nuestro Señor . . . . .	244
XI.—Tres binarios . . . . .	252
XII.—Los grados de humildad.....	257
XIII.—Reforma de vida . . . . .	263
XIV.—Pasión de Nuestro Señor . . . . .	270
XV.—Resurrección.—Ascensión.—Pentecostés.....	280
XVI.—Meditación para alcanzar amor . . . . .	292
XVII.—Comunión . . . . .	301

# INDEX

Page

Introduction ..... 1

Chapter I ..... 10

Chapter II ..... 20

Chapter III ..... 30

Chapter IV ..... 40

Chapter V ..... 50

Chapter VI ..... 60

Chapter VII ..... 70

Chapter VIII ..... 80

Chapter IX ..... 90

Chapter X ..... 100

Chapter XI ..... 110

Chapter XII ..... 120

Chapter XIII ..... 130

Chapter XIV ..... 140

Chapter XV ..... 150

Chapter XVI ..... 160

Chapter XVII ..... 170

Chapter XVIII ..... 180

Chapter XIX ..... 190

Chapter XX ..... 200

Chapter XXI ..... 210

Chapter XXII ..... 220

Chapter XXIII ..... 230

Chapter XXIV ..... 240

Chapter XXV ..... 250

Chapter XXVI ..... 260

Chapter XXVII ..... 270

Chapter XXVIII ..... 280

Chapter XXIX ..... 290

Chapter XXX ..... 300

Appendix ..... 310

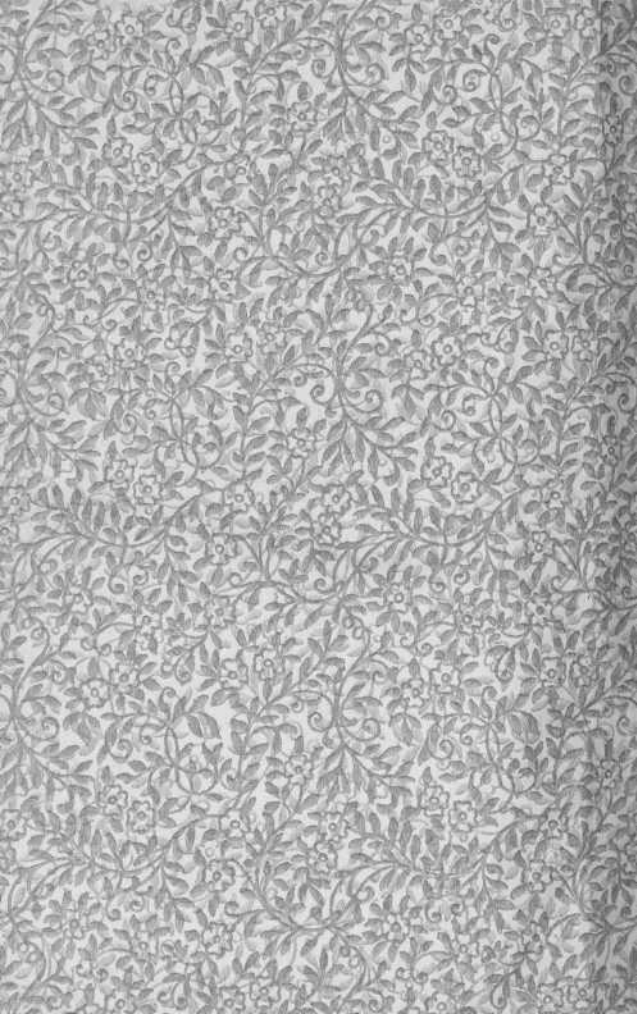
Bibliography ..... 320

Index ..... 330









# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

## SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa  
de Jesús.

Número.....	2215	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición.	»
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»





2215

P. GABRIEL.

EXERCICIOS  
ESPIRITUALES  
UNIDOS CON TEXTOS  
DE SANTA TERESA